

LA CASA DE LA ROCA

Al caer la tarde, un día de otoño de 1941, llegaba Hortensia a Pálmaces de Jadraque, una pequeña localidad alcarreña, acompañada de su tío Quiterio. Por entonces Hortensia era una niña de seis años de edad.

Habían salido con las primeras luces del día de Tendilla, su pueblo natal, a lomos de una mula parda, que ocultaron a la incautación, recorriendo a su grupa los 100 km que separan las dos localidades. Hortensia por fin esa noche dormiría en los brazos de su madre Josefa, que la esperaba desde hacía días. La conmutación de la pena de muerte a su padre Juan Benlliure Aybar permitiría la reagrupación familiar.

La familia quedó separada desde que al finalizar la Guerra Civil detuvieron a Juan por rojo y miembro de la Colectividad Agraria de Tendilla, acusado por un tribunal franquista de apoyo a la rebelión y condenado a pena de muerte e incautación de sus bienes. Al verse Josefa sola, sin casa, ni tierras, ni medios para dar de comer a sus hijos, marchó del pueblo en busca de trabajo a la capital. Dejaba en Tendilla a su hija Hortensia, la más pequeña, con la abuela Inés y a Luis, el hermano mayor, en un internado del Auxilio Social. Mientras tanto, Juan ingresaba en la cárcel de Guadalajara en noviembre de 1939.

Esta ausencia fue muy difícil, hasta que el indulto de 1940 abrió un nuevo escenario, conmutando la pena de prisión por trabajos forzados, y trasladando a Juan desde la cárcel de Guadalajara al Batallón de Penados en Pálmaces, un grupo de 80 presos políticos enviados desde Instituciones Penitenciarias para construir una presa en el pantano de dicha localidad.

Poco después empezaron a llegar las familias de los presos políticos, instalándose próximos a la obra. De igual manera lo hizo la familia de Hortensia que se quedó en una casita cerca de las rocas del pantano, conocida en el pueblo como La Casa de la Roca. Josefa la dispuso humildemente, con enseres que conservaba de su ajuar, un colchón de lana, dos mantas, sartenes

y pucheros, y allí cocinó la cena de bienvenida para Hortensia. Luego durmieron y esperaron juntas la llegada de Luis.

Los años en Pálmaces transcurrían deprisa, cargados de privaciones, Josefa trabajaba en el campo y en algunas casas, lavando ropa y limpiando. Su hijo Luis ayudaba en el molino y Hortensia se encargaba de llevar la comida a su padre, tarea que realizaba de buen agrado, aunque con temor a encontrarse por el camino alguna culebra escondida entre las piedras. Afortunadamente no las encontraba a diario, pero sí al “Desnudito”, un preso huido que se acercaba a los niños y a las mujeres en busca de comida.

En aquellos años sombríos, los rosarios y catequesis eran la tónica general. También los castigos que ponía Angelita, hermana del cura y jefa del Auxilio Social, si desobedecían al Patronato, llegando incluso a confiscarles la asignación. Después de la catequesis Angelita pasaba lista y sancionaba las faltas o premiaba las asistencias con un huevo de gallina. Hortensia siempre guardaba ese huevo en el delantal para comérselo de cena con su hermano.

Entre tanto avanzaban las obras del pantano, sin sobresaltos para la familia, hasta que en 1943, Juan sufre un grave accidente al caer del andamio y es trasladado ante el tribunal Médico Penitenciario, que lo declara “No Apto” para el trabajo en la presa, quedando en Libertad Condicional Vigilada.

Esta situación permite a la familia vivir todos juntos en el pueblo, con la obligación de presentarse a diario en el cuartel, aunque sería por poco tiempo, Luis era ya un mozalbete, que saldría en busca de trabajo y Hortensia, aunque más pequeña, marcharía pronto a la capital. Eran años en que la situación del país estaba cambiando y la emigración hacia las ciudades, empezaba a extenderse como salida laboral.

Hortensia y Luis guardaron un recuerdo agridulce de aquellos años en Pálmaces, conservando el afecto por aquellas gentes del pueblo que les acogieron, como Benito el Molinero que les dio trabajo y amistad. Aunque también tenían un triste recuerdo por las penurias, silencios y miedos vividos, como hijos de “los vencidos”.

Entre los recuerdos, tamizados por el paso del tiempo, fueron tomando más fuerza las historias que contaban sus padres, intentando suavizar la dura realidad en que vivían. Juan contaba a sus hijos que tenía que presentarse en el cuartelillo todos los días, porque le esperaban los guardias para jugar a las cartas y completar así la partida de mus. Esto hacía que los niños se sintieran más tranquilos.

El intento de Juan y Josefa por maquillar la realidad a ojos de sus hijos, me recuerda la película del director Roberto Benigni “La Vida es Bella” de 1997, ya que, como el protagonista del film, mi abuelo Juan conseguía dulcificar la vida.

En agosto del 2023 recorrimos de nuevo el camino al pantano de Pálmaces. Bajamos atentos a las culebras que años atrás asustaban a Hortensia, mientras recordábamos al “Desnudito”, a los presos republicanos que redimieron condena en el pantano y a sus familias.

En esta ocasión no venia Hortensia ni Luis. Íbamos sus hijos, nietos y biznietos a recordarles y honrarles. Junto al sonido del viento y el sol luminoso subimos hasta la Casa de la Roca, desgranando los recuerdos, para fundirnos en un abrazo de emoción y gratitud a nuestros antepasados republicanos.